

LUZAZUL

CARMEN FERNÁNDEZ VILLALBA



NARRATIVA
SINGULAR

A María y Pedro.
Y a las dos estrellas que me alumbran: Claudia y Lucas.

Primera edición: noviembre de 2010

Ilustraciones: Roger Olmos
Diseño de cubierta e interior: MBC
Maquetación: Marquès, S.L.

Edición: Marcelo E. Mazzanti
Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir
Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

© Carmen Fernández Villalba, 2010, por el texto
© Roger Olmos, 2010, por las ilustraciones
© La Galera, SAU Editorial, 2010,
por la edición en lengua castellana

Narrativa Singular es un sello de la editorial La Galera

La Galera, SAU Editorial
Josep Pla, 95 - 08019 Barcelona
www.editorial-lagalera.com
lagalera@grec.com

Impreso en Egedsa
Roís de Corella
08025 Sabadell

Depósito legal: B-38.134-2010
Impreso en la UE

ISBN: 978-84-246-3690-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que pueda autorizar la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

1: UNA PERFECTA INÚTIL

Iris sacude la cabeza, y los 333 cascabeles que cuelgan de sus largos mechones de cabello rojizo tintinean. Los párpados le pesan y caen sobre sus ojos gris-violeta. Pero justo ahora no debe dormirse. La nave espacial en la que viaja acaba de salir de la órbita del Planeta Perfecto y se incorpora de la Red de Cosmovías Radiales. La nave es una simple cápsula con una opaca ventana que casi no deja ver lo que ocurre fuera. Pero ella conoce su destino: el Planeta Noveno. La niña perfecta intenta incorporarse, pero el asiento se ha ajustado a su espigado cuerpo como una garra.

Los controladores de la realidad la han catalogado de «INÚTIL». Ha pasado a ser una «niña perfecta inútil», y no merece seguir gozando de los privilegios de los moradores del Planeta Perfecto. Si por lo menos la hubieran considerado una escoria –se dice–, la habrían mandado a hacer trabajos forzosos a cualquiera de los otros ocho planetas. Pero como «niña perfecta inútil» le aguarda el peor de los destinos posibles, un destino del que no regresará. Nadie regresa del Planeta Noveno. Allí van a parar todos los artefactos inservibles, los residuos tóxicos, los experimentos fallidos y los niños, mutantes o perfectos, que presentan anomalías. Para los guardianes del orden, todos son lo mismo y merecen acabar su existencia en el peor y más inhóspito confín del cosmos conocido.

Iris no sabía definir su anomalía, aunque sí sabe que desde que cumplió los 333 eclipses y fue enviada al Centro de Formación Secundaria, algo empezó a sucederle por las noches. Algo perturbador que no se atrevió a explicar a nadie, ni a compañeros ni a formadores. Y, por supuesto, tampoco a sus padres, a los que no ha vuelto a ver desde que se despidieron de ella en la estación de la ronda de circunvalación donde tomó el aerobús que debía llevarla al Centro de Formación Secundaria.

Cuanto más lo piensa, más convencida está de que lo que le sucede mientras duerme guarda alguna relación con el colgante que su madre le regaló al pie del aerobús, aprovechando que su padre no podía verlas. Con mucho misterio, la mujer le pasó por la cabeza la cadena de plata con el triángulo invertido hecho con una piedra de color azul marino descolorido. Iris se fijó en que, no obstante, al contacto con su piel la piedra emitía un tenue fulgor.

–Está hecho con lazulita... –le dijo–. Te pertenece... Lo llevabas al cuello cuando te encontramos. Papá ignora que lo he tenido escondido durante todo este tiempo.

La mujer suspiró antes de pedirle:

–No te separes nunca de él, Iris.

En aquel momento, el padre regresó y, como suponía su mujer, montó en cólera al ver el colgante. Estaba convencido de que ella se había deshecho de él. Trató de arrebatárselo a Iris, pero la madre lo impidió:

–El collar era lo único que llevaba la niña cuando, cuando... –La mujer no pudo acabar la frase. Pero sí dijo con determinación–: Ha cumplido los 333 eclipses estelares completos y merece recuperarlo.

Iris los contempló atónita, sin comprender de qué iba aquella discusión. Entre todo lo que acababan de revelarles, una cosa oprimía su corazón:

–¿Qué quieres decir con que... me encontrasteis?

De nuevo, el padre fue requerido por los controladores del viaje para mostrar el billete de la niña. La mujer aprovechó para apartarla y explicarle con un hilo de voz:

–Tiempo atrás, cuando habíamos perdido toda esperanza, papá y yo tuvimos la inmensa alegría de recibir un bebé del Planeta Vida. Llevábamos tanto tiempo intentando demostrar que éramos candidatos idóneos a ser padres, que creíamos que nuestras células habrían caducado en el archivo de solicitudes de paternidad...

La mujer miró a su alrededor antes de añadir:

–Al cabo de unos días, el bebé falleció. Nos sentíamos unos fracasados y lo remitimos al Planeta Muerte, para que sus restos reposaran junto con los otros difuntos perfectos. Como suele suceder en estos casos, al poco recibimos una nave necrológica del Planeta Muerte. Esperábamos que contuviera el holograma del bebé difunto, pero figúrate que al abrirla descubrimos a otro bebé... mucho más hermoso que el nuestro, la verdad... ¡Y estaba vivo! –La madre la acarició–. Eras tú... con tus ricitos rojos, tu piel nacarada y tus ojos de diferente color, uno gris y el otro violeta. Ya tenías las cejitas unidas, como un hilillo que cubría tu mirada curiosa.

La mujer rio afectuosamente, pero cambió de tono para concluir:

–Llevabas el colgante del cuello, pero estabas desnuda... Y alguien había escrito sobre tu piel un nombre: Iris. Quien fuera que te mandaba, quería que te llamaras así. Nosotros no hicimos preguntas, y los controladores de la realidad, de manera incomprensible, tampoco nos las hicieron. Ya sabes que son infalibles, pero aquella vez...

Iris quiso seguir preguntándole. Sin embargo, el padre reapareció y miró a su mujer censurándola. Podía intuir de qué habían estado hablando.

–No hagas caso –le advirtió–, tú eres nuestra hija. No nos defraudes: queremos seguir sintiéndonos orgullosos de ti.

Iris se dejó abrazar por él y reprimió un sollozo: sentía tener que separarse de sus padres. Pero no le gustó que el hombre le dijera al oído:

–Ah, y por el bien de *todos...*, deshazte de ese maldito colgante, Iris.

Por supuesto, la chica no se deshizo de él. Pero desde aquella misma noche empezó a tener experiencias rarísimas... experiencias para las que nadie la había preparado. Era como si, cuando se dormía, se instalara en otra realidad. No obstante, sentía aquella otra realidad muy próxima, incluso familiar.

Iris se veía a sí misma avanzar por un largo pasillo inundado de luz artificial. Vestía de forma extravagante y cargaba con un libro con tapas hechas de gastada piel. Era un libro antiguo, que resultaba demasiado pesado para una jovencita como ella. Avanzaba y avanzaba por el pasillo hasta llegar a una doble puerta en cuyo frontispicio aparecían unas letras escritas con estilo mítico: **SS**. Por fin podía culminar su misión después de un peligroso y revelador viaje. Unas enigmáticas palabras resonaban en su interior: «A Luzazul su sombra dejará sin huella si Ladivina no alumbró a la estrella».

Para Iris, aquella experiencia nocturna era incomprensible. Sin embargo, prefería guardarla para sí y no hacer averiguaciones. Suponía que contarle no iba a traerle nada bueno. A buen seguro que la acusarían de tener una idea malsana y, por tanto, de no ser una niña perfecta. Pero no hizo falta contarle a nadie: los controladores de la realidad saben meterse en los pliegues más recónditos de la intimidad de cualquiera y dar con sus secretos más inconfesables. De la retahíla de palabras raras que dijeron cuando la apartaron del resto, Iris sólo retuvo: «esa otra dimensión».

Sentada en la nave, Iris pugna por no dormirse, no debe quedar a merced de «esa otra dimensión». Tiembla, y un retortijón le sacude las tripas como si fuera un calambrazo. La culpa es del poco espacio de la nave, se dice. Agarra con fuerza el colgante que reposa sobre su pecho. Intuye que «esa otra dimensión» tiene alguna relación con él.

¿Y si no despierta y se instala para siempre en «esa otra dimensión»?

–Ya no soy perfecta. Ahora soy una perfecta inútil... –murmura.

Iris se quita el colgante y le da vueltas a la cadena, haciendo girar el cono. No es grande ni llamativo a simple vista. Pero ejerce sobre ella un fuerte magnetismo. Cuanto más lo sostiene en su mano, más azul se vuelve la piedra, hasta adquirir intensas tonalidades azuladas.

Las palabras de la madre resuenan en su cabeza: «Te pertenece... Lo llevabas al cuello cuando te encontramos. No te separes nunca de él». Iris observa que su base tiene una tapa de plata en la que está apareciendo el grabado de una lechuza de ojos redondos y brillantes.

¿Un colgante de lazulita que cambia de color y en cuya tapa aparece una lechuza?

Iris trata de pensar con serenidad, con mente científica, como le han enseñado a hacer sus instructores. No obstante, está demasiado fatigada y los párpados se cierran sin remedio sobre sus ojos. Sus largos brazos le caen a lado y lado del asiento.

De pronto, un ruido saca a la niña del sopor: el colgante ha caído al suelo. Alarga la mano para alcanzarlo, pero no lo consigue, porque ha rodado debajo del asiento. Con el pie tira de la cadena hacia ella y la va acercando hasta que las yemas de los dedos rozan el cono. Sin embargo, el colgante se le escapa una y otra vez. Finalmente, lo deja por imposible, vencida.

Entonces, el monitor que hay frente a la silla, justo encima de la consola de mandos, se ilumina. La pantalla se llena de nieve y una imagen emerge con dificultad, como si llegara de un lugar muy muy lejano. Intrigada, Iris recupera la consciencia y da un golpe con la mano al monitor. Tras unos instantes, la figura de un ser extraño, con cabeza de anciano pero cuerpo de adolescente, se adueña de la pantalla y le dirige una expresión enfadada. Su rostro arrugado, enjuto, con unos acerados ojos grises, la interpela sin preámbulos:

–¿Hannahannah... cómo has podido...?

–No, no. Yo no soy Hannahannah.

–¡No me contradigas! Sé quién eres, aunque hayas sido tan astuta de vivir escondida durante todo este tiempo...

–De verdad que yo no... Ni siquiera sé quién es Hannahah...

–¡Calla! Estás algo cambiada, pareces más joven y... esa ceja...

El extraño ser se interrumpe, pensativo. Al fin, pregunta:

–Si no eres Hannahannah, ¿quién eres?

–Me llamo Iris y vivo en el Centro de Formación Secundaria del Planeta Per... bueno... ya no...

Iris no encuentra las palabras con las que presentarse. Además, queda aturdida por lo que ve en la pantalla. Por detrás del anciano-adolescente aparece un hombre de rasgos inconfundibles. ¡Es el mismísimo SS! Pero se inclina y se dirige al otro con deferencia, con una voz cauta.

–Va rumbo al Noveno. Pero podemos cambiar la órbita de la nave, si lo prefiere...

–A ver, lumbreras, ¿para mandarla adónde? –pregunta con desprecio el extraño ser–. Dime, ¿qué se te ocurre?

Obviamente, al Ser Supremo no debe ocurrírsele nada, porque se retira para atrás y desaparece de la pantalla.

No es la primera vez que Iris ve al Ser Supremo. Su imagen

está presente en los noticiarios, documentales y libros de texto que invaden la vida del Planeta Perfecto. El máximo mandatario de la Galaxia Global acompaña a los humanos desde que nacen hasta que mueren. Ahora bien, nunca ha hecho acto de presencia física entre ellos. Siempre se presenta de manera virtual, a través de cualquiera de las pantallas que pueblan sus vidas, dejando bien patente que él es el máximo y único mandatario del cosmos conocido.

Por todo ello, a Iris le desconcierta ver cómo el SS acata y se somete al anciano-adolescente de acerados ojos grises. Éste vuelve a interrogarla:

–Dime, Iris, ¿desde cuándo sueñas?

–¿Desde cuándo qué...?

–Eso que te ocurre por la noche, cuando duermes. Eso es soñar, pero es una anomalía... Nadie en la Galaxia Global debe soñar.

–Pero no es mi culpa, yo no lo hago aposta... –se justifica ella.

–¡Eso no te exime de haber fallado! –brama él.

–¿Quiere que la traigamos al Planeta Ciencia... y así podrá examinarla con calma? –pregunta a su espalda el Ser Supremo, inspirado.

–¿Calma? ¡No! El tiempo se acaba... y ella debe desaparecer antes de que...

El anciano-adolescente se interrumpe, pensando para sí. Luego clava el acero de su mirada sobre ella y le espeta:

–Entiendo que eres un eslabón perdido... fruto del azar. ¡Maldición!

El extraño ser hace un gesto de dolor y toma aire, antes de preguntar:

–¿Cuál es tu edad, niña?

–333 eclipses completos –dice Iris, bajando la voz.

–¡Qué casualidad! ¡Tenemos casi la misma edad! Bueno, yo mido mi edad en años y tengo algo más que tú: 16 años.

A Iris no le parece que aquel tipo tenga una edad definida, pero se abstiene de decirlo. Por el contrario, trata de ganarse su compasión.

–Te prometo no volver a hacerlo, no volver a soñar...

–¡Tenme un respeto! Háblame de usted.

Iris calla, apabullada, y baja la vista. Pero enseguida reacciona:

–Está bien, está bien, señor... Si me manda de vuelta a casa, si me salva del Noveno... yo... yo...

–Tú... tú... ¿Tú, qué? ¿Sabes lo que harás tú, si te salvo del Noveno? –El anciano-adolescente no espera respuesta–: Tú me matarás a mí. Me matarás en cuanto se te presente la ocasión.

–¿Yo? ¿Matarle a... usted? –pregunta ella desconcertada–. ¿Por qué tendría que hacer algo así?

–No tienes ni idea de nada, ¿verdad? Mejor para ti... –Y, tras suspirar, añade–: Tu destino final es el Noveno. Una vez me equivoqué no mandando a alguien como tú a aquel confin de la Galaxia Global... Pero ahora no volveré a cometer el mismo error.

Iris, desesperada, busca una salida. Recuerda que una de las enseñanzas aprendidas en la asignatura de Cordialidad y Buenas Maneras es que dirigirse al interlocutor por su nombre propio es ideal para ganarse su simpatía. Así que se arma de valor y le pide con dulzura:

–Señor... dígame por lo menos cómo se llama...

El extraño ser ríe con un timbre metálico y le suelta:

–¿Aaah, ves? Se te da bien exigir, aunque sea envuelto en la seda de tu voz. ¿Quieres saber mi nombre? –Vuelve a reír, desagradable–: Te haré este pequeño regalo antes de que dejes de existir: me llamo Stephen y yo soy... ¡Aaaaah! –El anciano-adolescente respira con dificultad–: ¡Aaaaaaaaah!

El alarido de dolor de Stephen afecta a Iris más de lo que ella desearía. Ve que el rostro del anciano se deforma como si le estuvieran arrancando el corazón.

–Señor... ¿otra vez? –pregunta el Ser Supremo.

–Mi medicamento... tráemelo... y deshaceos de ella o arruinará el futuro de la Galaxia Global... ¡Ella debe morir... debe morir!

–Ella morirá... en el Noveno no le espera otra cosa...

–Esperad... esperad... ¿por qué debo morir? –lloriquea Iris.

Pero la comunicación se interrumpe y ella se queda sola ante la pantalla negra. Las lágrimas anegan su rostro y, a pesar de que nadie puede oírla, repite:

–¿Por qué debo morir? ¡Stephen! ¡Señor! ¿Por qué...?

Iris da rienda suelta a su desconuelo, sabiendo que ninguna señal volverá a aparecer en la pantalla. El extraño ser la ha sentenciado. La perfecta queda como un juguete roto en el sillón. Se rinde a la evidencia. Por alguna razón que nadie quiere explicarle, ella va a morir.

Involuntariamente, la niña desvía su mirada hacia el suelo, donde sigue el cono azul que portaba siendo un bebé. Ahora, al agacharse, lo recupera sin ninguna dificultad. Tomándolo de la punta, lo alza para inspeccionarlo. Por fortuna, no ha sufrido daños. Sin embargo, no comprende por qué de repente pesa muchísimo.

Asombrada, se limpia las lágrimas con la palma de la mano y comprueba que la tapa con el grabado de la lechuza se ha abierto. De su interior asoma el fragmento de... Pero no, no puede ser, se dice. Aunque está enrollado y húmedo, Iris juraría que es un trozo de papel. Lo roza fascinada, y la fina película de agua desaparece.

En la Era Científica, los niños no estudian con libros de papel, sino con libros electrónicos y con enciclopedias virtuales. Los libros de papel son unos objetos nada fiables y muy poco resistentes, además de contaminantes. Como todo cuanto perteneció a la Era Mítica. De todas formas, por lo que les han explicado en el Centro de Formación Secundaria, donde les mostraron hologramas de ejemplares antiguos, ya no quedan libros de papel en Galaxia

Global. Han desaparecido, o han sido eliminados... Quién sabe. Y tampoco se producen árboles, la materia prima con que solían fabricarlos.

Iris toca el trozo de papel aun a sabiendas de que puede contaminarse. ¡Qué más da! Lo que la espera en el Noveno es mucho peor. Extiende el papel y lo aplana con la mano. Para su sorpresa, se hace más y más grande. Muy cansada, enfoca con sus ojos gris-violeta la ilustración que reproduce su superficie: una hermosa mujer, de larguísima cabellera roja, que va ataviada con ropajes majestuosos. Alza una especie de cuchillo de oro sobre el pecho de un hombre que yace tumbado en una cama. Los ojos del hombre miran a Iris, como si la interpelaran.

De nuevo, un escalofrío recorre la espalda de la chica. Pero no consigue resistirse al influjo de la mirada y lee el arrugado papel:

Cierto día llegó al Sistema de la Luz, procedente del Espacio Incógnito, una nave tripulada por un extranjero. El hombre, llamado Serres, portaba un terrible secreto. En aras del progreso científico, había realizado en su planeta de origen experimentos prohibidos que merecieron el máximo castigo. Aunque debía ser ejecutado, consiguió huir en una nave intersidereal en la que había instalado sus más sofisticadas herramientas. Las tropas de seguridad espaciales de su mundo se lanzaron en su persecución, pero él las esquivó penetrando en un agujero negro que encontró en su huida por el cosmos.

Los sabios de su planeta creyeron que Serres y su nave serían aniquilados por el monstruo cósmico. Sin embargo, él consiguió llegar a un sistema planetario donde existía una civilización de humanos imperfectos. Una civilización que había podido desarrollar-

se gracias a la benéfica presencia de la estrella Luzazul, también conocida como la Diosa Celeste. Desde siempre, junto a Luzazul había flotado una sombra, o agujero negro. Mantenían un equilibrio tan respetuoso que a la mancha se la conocía con el nombre de la Sombra de Luzazul.

Tras un viaje por el espacio y el tiempo, la nave intersidereal de Serres fue escupida por el agujero negro. Por suerte, o por desgracia, la nave fue atraída hacia la órbita del Planeta Imperfecto y, una vez en ella, se precipitó sobre el desierto. Serres estuvo a punto de perecer a causa del impacto. Pero un grupo de humanos encontró la nave y extrajo al hombre para llevarlo, malherido, al Palacio de la Ilusión. Allí, la Dama de la Luz, que reinaba sobre el Planeta Imperfecto, decidiría si debían rematarlo o dejarlo vivir.

Para Hannahannah, la decisión era delicada y comprometida. ¿Cómo saber si les convenía que el forastero viviera o muriera?

La reina se paseó por su dormitorio sin hallar la respuesta por sí misma...

A partir de aquí, Iris no puede seguir leyendo. Su cabeza se va para atrás y sus párpados caen como pesados telones sobre sus fatigados ojos. Durante todo el trayecto hasta el Noveno, la chica sigue dormida. Tiembla y murmura sin cesar:

–Luzazul... Luzazul.

2: FUEGO CAÍDO DEL CIELO

Najwa se adentra en el Bosque de los Artilugios y va cogiendo velocidad, impulsada por sus tres piernas. No se da cuenta de que está alejándose de Lela-Lelo, Kerub y Pêi, sus compañeros del Clan de los Chicos Mutantes. El grupo marcha en fila y respetando el orden que adoptan cuando van de expedición a cazar fuego. Los más fuertes en los extremos, y los más débiles en el centro. Es Najwa, la mutante calórica, quien encabeza el grupo y marca el ritmo. Si por ella fuera, irían a galope tendido. Pero Lela-Lelo y Kerub no pueden quedarse sin fuerzas cuando aún no han alcanzado la Ladera Encendida. Ni siquiera han salido del laberíntico bosque adonde van a parar todas las naves, máquinas y criaturas dadas por inservibles en otros planetas. No importa su forma o tamaño: al entrar en la órbita del Noveno los artefactos se desploman sobre el Bosque de los Artilugios atraídos por la imanita, el poderoso mineral del que está hecho su suelo.

Najwa ha acelerado porque ya no soporta seguir oyendo a Lela-Lelo, el mutante bicéfalo. Desde que abandonaron las Dunas Agujereadas, donde los niños tienen su hogar, y se internaron en el bosque, el bicéfalo no ha dejado de darle vueltas al mismo tema: quién es el culpable de que la hoguera de la Gruta Oval se apagara.

–¡Te tocaba a ti estar despierto! ¡Es un hecho que se ha muerto por tu culpa! –chilla Lela.

–¡Mentirosa! Mi turno había acabado... eeh... eras tú quien debía alimentarlo –protesta Lelo.

–Cuéntaselo a otra, que a mí no me engañas, cabeza de chorlito –responde Lela.

–¡Silencio, o nos buscarás más problemas! –le grita Pêi.

Lela-Lelo cierra sus dos bocas. Pêi, el chico anfibio, es el más respetado de todos los mutantes. Sin embargo, el bicéfalo sigue discutiendo en silencio, telepáticamente, como suele hacer cuando no quiere que los demás se enteren de sus desavenencias, o de sus complicidades. En momentos así, se queda mudo, en un estado de abstracción del que sale con energía renovada. La cháchara mental le carga las pilas... a veces. Otras, sólo le sirve para enfurruñarse. Es inevitable: los caracteres de Lela y Lelo son demasiado diferentes. Como su aspecto físico. La cabeza de Lela es blanca, cubierta de ralo cabello platino. La de Lelo es oscura, con ensortijado y tupido pelo negro. Y ambas se sostienen sobre un cuerpo mulato canijo, con pocas prestaciones para el trabajo físico.

–Najwa, echa el freno, que te perdemos... –le pide Lela desde el fondo de un corredor sembrado de torres de telecomunicaciones fuera de uso.

–¿No ves que no podemos... eeh... seguirte? –añade Lelo.

Najwa espera a sus compañeros junto a un túmulo de radares. A la chica calórica no le queda más remedio que ser comprensiva. Sobre todo con el pequeño Kerub. El mutante alado sólo tiene 151 eclipses estelares completos, y es tan inmaduro que sufre berrinches por cualquier tontería. Lo que menos le conviene ahora al clan es un berrinche de Kerub: deben ser discretos. El Noveno se sumirá pronto en la oscuridad por el eclipse de Luzazul. En esas condiciones, los niños pueden ser presa fácil de los monstruos que lo habitan.

El Clan de los Chicos Mutantes nunca ha estado fuera de las Dunas Agujereadas en el transcurso de un eclipse total. Si el eclipse fuera parcial, tal vez tendrían tiempo de llegar hasta la Ladera Encendida, proveerse de fuego y musgodo y cruzar otra vez el Bosque de los Artilugios de vuelta a las dunas. Pero todo indica que el mordisco que asestará la sombra a la estrella va a ser completo, o casi.

Najwa se pone a dar saltitos: ya acusa los efectos del descenso de temperatura. Tirita y el mal humor la va invadiendo. La calórica no soporta las temperaturas bajas de forma prolongada. Pero no sólo el enfriamiento la altera: también la incertidumbre por lo que pasará cuando la sombra cubra a Luzazul estando ellos a la intemperie. Es mejor no pensar en ello. Najwa es una chica de acción: se maneja mal con las palabras o con los pensamientos paralizantes. Sin embargo, no puede evitar pensar en el ogro que vive en el interior del Volcán de las Lumínidas, al norte del Bosque de los Artilugios. Ella es uno de los pocos mutantes que escapó por los pelos de él cuando llegó al Noveno. Así que la calórica sabe de primera mano cómo se las gasta el monstruo.

Najwa sacude la cabeza y posa sus tres ojos azabaches en una montaña ocre compuesta de bidones que hay tras el claro al que conduce el sendero por el que avanzan. Los bidones no estaban allí la última vez que fueron a la Ladera Encendida. La montaña debe de ser fruto de la descarga de una nave Chatarra Express. Esta flota de naves, las únicas capaces de vencer la fuerza de atracción de la imanita, se dedica al transporte de la basura tóxica e industrial que generan los otros planetas.

La calórica se plantea conducir a sus compañeros a través de aquella explanada abierta de color negro imanita y salpicada de residuos menores. No hay duda de que adelantarian por allí. Pero sería exponerse demasiado. Por otro lado, desconfía de las forma-

ciones recientes, porque suelen ser manjar predilecto de krock-chocks, los engendros mecánicos que se alimentan de la carroña de metal que acumula el Bosque de los Artilugios. No, no llevará a sus compañeros por allí.

–Espero que falte poco para llegar... –dice Pèi al darle alcance.

–Oye... creo que es preferible que volváis a la gruta... –sugiere ella.

–No... sigue, sigue... Sola no vas a ningún sitio.

Pèi conoce muy bien a su amiga: sabe que si pudiera aplicaría un código APD, Acción Pura y Dura, e iría sola a buscar el fuego. Y no sólo por no llevar la rémora de Kerub y Lela-Lelo. Najwa, que siente pasión por el fuego, está ansiosa por volver a poseerlo.

Najwa pertenece a un modelo de mutante ideado por los científicos para limpiar en el Planeta Energía las turbinas de extracción del ígneno, el mineral del que se obtiene el iggas, uno de los combustibles primordiales de la Galaxia Global. Dotada de tres piernas, tres brazos y tres ojos con visión autónoma, Najwa posee una belleza salvaje y oscura. Es puro nervio: fibrosa, enérgica e hiperactiva. En conjunto, un prodigio de la ingeniería genética. A pesar de todo, como individuo, fue considerada mutante defectuosa al fallar en unas pruebas rutinarias de control energético en las que se detectó que su temperatura corporal descendía hasta niveles inferiores a los requeridos en un mutante calórico.

Pero gracias a este defecto ha conseguido algo que nunca previeron los científicos que la crearon: su sangre hirviente se ha adaptado al destemplado clima del Noveno. Aun así, tolera muy mal las noches y el frío. Entonces su carácter se transforma: la chica risueña y entusiasta deviene un ser taciturno y malhumorado. Incluso violento y destructivo. No obstante, no siempre esos cambios de humor van ligados a la temperatura ambiente.

Ahora la niña calórica está deseando quemarse con tal de volver

a portar una antorcha. Hace una señal a sus compañeros para que se reagrupen bajo la colina metálica que se alza ante ellos. Najwa cree recordar que detrás se halla la Ladera Encendida.

–Poned los pies ahí, que la escalada está chupada...

Pero Kerub empieza a aletear y a gimotear.

–Najwa... Están agotados –dice Pêi.

–Pero, Pêi... ¿No has visto lo oscuro que se está poniendo?

–Ya... por eso. Regresemos a la Gruta Oval.

El anfibio la mira y, creyendo que puede convencerla, insiste:

–Tenemos más posibilidades en la gruta... Allí sobreviviremos...

–¡No sin el fuego! ¡Nadie sobrevive sin fuego en este maldito planeta! Ni en la Gruta Oval, ni fuera de ella...

La calórica se está moviendo de manera tan alterada que el rodete de cabello negro que lleva enroscado sobre su cogote se descoloca. Lela-Lelo da un paso adelante y la disputa acaba de decidirse.

–Pêi tiene razón... –dice Lela.

–Eeeh... voto por volver a casa –dice Lelo.

–¿Tú... que has dejado morir el fuego, te atreves a dar tu opinión, bicéfalo de las narices?

Najwa se fija el rodete de la coronilla. Está furiosa, pero no tiene posibilidades de imponer su voluntad. Ni siquiera hace falta votar para saber que tiene las de perder.

Pêi se alza sobre sus ancas, estirándose cuan largo es. Pone un brazo sobre las espaldas de su amiga, y eso la atempera.

–Está bien, dejadme echar un vistazo... Subo y bajo en un pis-pás –asegura Najwa mientras asciende por la colina de robots todoterreno.

Kerub abre y cierra los ojos y se dice que Najwa no es tan rápida como pretende, pero se abstiene de comentarlo. Por su parte, Pêi echa la cabeza hacia atrás para inspirar el aire naso-branquialmen-

te. Necesita oxigenarse y conservar la sangre fría. Por sí mismo y por el bien del grupo.

Entonces la ve: una estela luminosa acaba de aparecer en el cielo, horadando la cada vez más compacta oscuridad.

–¿Qué es eso, Pèi? –pregunta Kerub, que también la ha visto.

–No lo sé... –dice el anfibio desconcertado, y grita–: ¡Najwa, Najwa!

Las cinco cabezas contemplan el firmamento con las bocas abiertas. La estela, convertida en una bola de fuego, se está haciendo más y más grande. Los niños comprenden que se trata de un artefacto destinado al Noveno. De pronto, éste se detiene bruscamente y queda suspendido sobre la zona en la que ellos se encuentran. Bascula con ligereza, a pesar de que su tubo de escape es una explosión de fuego y partículas incandescentes. Y ahí permanece, colgado...

Lela-Lelo efectúa uno de sus cálculos de probabilidades y llega a la conclusión de que la nave va a desplomarse sobre el Bosque de los Artilugios. Aunque se comunica telepáticamente, el bicéfalo no puede articular palabra. También sus compañeros se mantienen quietos y mudos, en tensión, como si los paralizara la imanita. Kerub es el primero en expresar lo que todos temen:

–Esa bola de fuego... va a caernos encima.

Como si las palabras del alado transmitieran una orden a la nave, ésta se abalanza sobre el bosque con un estruendo ensordecedor. Del primero al último sospechan que van a morir sepultados por la bola de fuego.